

LA agudización de la crisis de la prensa en Cataluña que podría alcanzar niveles de cataclismo en el plazo de un año, es sólo una expresión más de la debilidad económica y orgánica de la burguesía autóctona que cada vez controla parcelas más reducidas del sector industrial y financiero catalán cediendo terreno en favor de la penetración del capital foráneo. Existe un preocupante fenómeno prácticamente silenciado por las fuerzas vivas catalanas por el que, paradójicamente, mientras se llena de competencias la autonomía se reduce la capacidad de decisión en el terreno económico; por decirlo de otro modo, se contraponen el flujo de poder político que entra con el flujo de poder de decisión económico que sale hasta el punto de poder afirmar que la economía catalana es hoy menos catalana que hace cinco años (ver TRIUNFO, número 894 del 15 de marzo de 1980).

La situación de la prensa diaria que se edita en Cataluña refleja también esa grave situación de modo bastante nítido, como demostraría la comparación entre dos fotografías de la distribución del mercado tomadas con cinco o seis años de diferencia. Poco antes de la muerte de Franco la prensa editada en Barcelona gozaba de excelente aceptación popular; de sus páginas se destilaba una firme exigencia de cambio democrático y podían detectarse signos importantes de renovación (por ejemplo, la crítica desde niveles técnicos y desde los barrios a la gestión municipal venía ya de los últimos años del porfollismo, etcétera). Resulta difícil entonces elegir un diario en Barcelona dado su nivel de calidad, solían decir los lectores.

Algunos años después quizá resulte difícil elegir un diario, según los mismos lectores, también por su nivel de calidad, pero en este caso esa afirmación adquiere lamentablemente un carácter completamente distinto, hasta el punto de que se comprueba cómo existe un grupo de lectores que alternativamente trata de encontrar un diario a su gusto saltando de una publicación a otra.

El resultado de esa situación es una crisis de lectores específica en Cataluña que refuerza la crisis de lectores general que endémicamente padece España. Este segmento de lectores en concreto que dejan de leer el diario en Cataluña por lo menos algunos días a la semana respondería pues a una crisis de oferta. Efectivamente, los sectores profesionales catalanes más renovadores manifiestan la necesidad de reconocer que la prensa catalana no supo resituarse en el posfranquismo, sino que mantuvo las

coordenadas anteriores de interés del público mientras el centro de gravedad informativo se desplazaba hacia los problemas de la transición política primero y hacia la crisis económica después. Entretanto, la prensa de Madrid, que partía de posiciones bastante menos renovadoras e incluso menos democráticas, hacía un esfuerzo superior por situarse en las nuevas coordenadas políticas y sociales, probablemente bajo el estímulo de la competencia introducida por la aparición de nuevas publicaciones diarias y semanales.

En este período la situación de la prensa en Cataluña desde el punto de vista industrial ha sufrido un sismo de notable intensidad en la escala de cabeceras tanto de semanarios como en prensa diaria, preveyéndose nuevos temblores de fatales consecuen-

La dependencia exterior

Sin embargo, aun resultando dramático ese balance existen todavía aspectos cualitativos más preocupantes: el consumo de prensa en Cataluña entre los niveles de lectores que por su situación profesional toman decisiones o están en condiciones de influir en ellas (de la empresa al sindicato, de la Universidad a la Administración) consolida progresivamente un fenómeno de *dependencia exterior* al incrementarse la venta de diarios, semanarios y revistas mensuales editadas fuera de Cataluña. Curiosamente, los políticos catalanes que durante las campañas electorales demuestran sus acreditadas dotes para descubrir sucursales incluso donde no los hay, guardan un escrupuloso silencio sobre este importante tema. La llegada a la

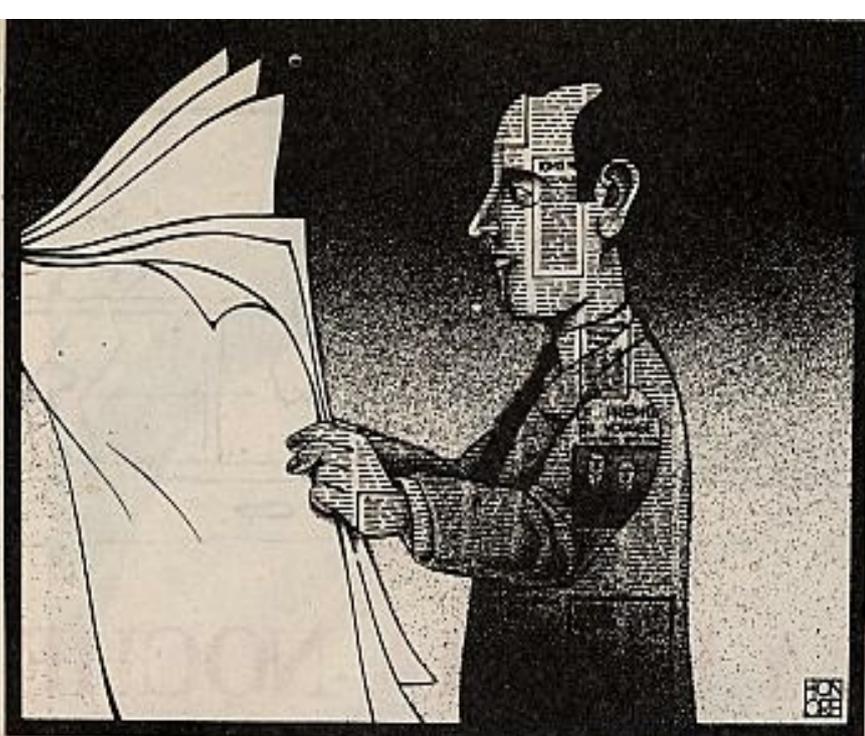
LA DECADENCIA DE LA PRENSA EN LA CATALUÑA AUTONOMA

MANUEL CAMPO VIDAL

cias. A nivel de diarios han desaparecido «Solidaridad Nacional» y «La Prensa» —antiguos diarios del Movimiento—, «Catalunya-Express» y el deportivo «4-2-4» del Grupo Mundo de Sebastián Auger; pero más allá de estas cuatro desapariciones, otros tres diarios practican desde hace meses un resistencialismo a la desesperada («Mundo Diario», «Tele-Express» y «Diario de Barcelona», mientras otros tres están próximos a situaciones ciertamente difíciles, los deportivos «Dicen» y «Mundo deportivo» además de «El Correo Catalán»). En ese mismo período contemplado —desde 1975 a finales de 1980— ha surgido el diario «Avui» publicado en lengua catalana y «El Periódico», del grupo Zeta —entreviu ya consolidado y principal beneficiario a nivel de lectores de la caída del Grupo Mundo. Entretanto, en Gerona aparecía el segundo diario publicado en lengua catalana íntegramente y de distribución básicamente comarcal, «Punt Diari». A nivel de empleo estas remodelaciones suponían en el sector prensa la pérdida de cuatrocientos puestos de trabajo y el peligro de desaparición para otros cuatrocientos.

presidencia de la Generalitat del hombre presumiblemente más sensible por todo tipo de dependencias exteriores de Cataluña, no ha supuesto ninguna modificación en la situación, al menos en una primera etapa empleada, eso sí, eficazmente, en la consolidación de un núcleo de fidelidades editoriales.

El problema de la *dependencia exterior* a nivel de consumo de prensa en sectores cualitativos de lectores catalanes es realmente grave no por acción de ningún detector de sucursales más o menos absurdos, sino porque conlleva una grave desinformación sobre Cataluña para estos mismos sectores; aunque frecuentemente sea preciso hallar en esos mismos medios noticias sobre Cataluña que escapan a la prensa editada en Barcelona, nunca, por razones obvias, se está en condiciones de sustituir eficazmente el caudal informativo que un país como Cataluña genera y necesita conocer para disponer de una información suficiente de su propia realidad. Así, es más conocido entre esos sectores catalanes el conflicto de Nervacero que el de Bru, cuando detrás de este último está la clave



para una necesaria remodelación del sector industrial catalán, de la línea blanca de electrodomésticos; o se dispone de más información sobre los problemas de la delincuencia en Fuenlabrada que en Badalona; y así sucesivamente.

Esta realidad permite la calificación del fenómeno de modo distinto al socorrido diagnóstico de «sucursalismo» que suelen aplicar los doctores políticos del nacionalismo. A partir de la dependencia exterior del consumo de prensa en Cataluña en determinados niveles de lectores, el consumo de prensa producida en Cataluña adquiere cada vez más un carácter de *consumo secundario de prensa local*, junto a otra prensa imprescindible para conocer la marcha de los asuntos del Estado y del Extranjero. Aunque salten los fusibles de la sensibilidad nacionalista de no pocas conciencias, hay que denominar a las cosas por su nombre y calificar el fenómeno no de sucursalismo sino de *suburbialización*. La prensa catalana, editada en castellano o en catalán, vive un proceso de *suburbialización informativa* desde el momento en que no puede retener a sectores cualificados de lectores de su propio país que en todo caso mantienen el consumo de esa prensa con un carácter local.

La responsabilidad de la burguesía catalana

Una situación límite como ésta no suele tener un único culpable a la vista: hay una responsabilidad de los profesionales que tratar de ocultar resultaría absurdo aunque de algunos profesionales parta la crítica positiva de la situación y la denuncia del estado de cosas; existe una responsabilidad de los empresarios de prensa

catalanes que han oscilado entre un anquilosamiento sin precedentes en los casos en que se partía de una sólida situación hasta un derroche en edificios espectaculares que después albergaban diarios pobres pasando por las inversiones en tecnología desproporcionadas o erróneas.

Pero más allá hay una responsabilidad de la burguesía catalana como clase social que ha vivido de espaldas al hecho informativo aunque sus más cualificados exponentes suelen reconocer en privado su conciencia de culpa. La burguesía catalana ha permitido durante años que sólo personajes muy peculiares salidos de sus filas se aventurasen en el mundo de la información y ni siquiera en los difíciles momentos actuales, a pesar de haber llegado a copar el gobierno autónomo, ofrece síntomas de reacción. Sin duda su actitud hacia la prensa es sólo un reflejo de otras abdicaciones de significada trascendencia.

1981: ¿El año de la reacción?

Aún así el año 1981 va a estar caracterizado por el signo de la reacción empresarial y quizá también profesional, con menores posibilidades de que esa voluntad alcance a los niveles institucionales. «La Vanguardia» amenazada su influencia sobre sectores cualitativos de la población por la penetración de «El País», su venta en quioscos por «El Periódico» y su monopolio publicitario por algunas operaciones en marcha como la de «Pequeños anuncios», va a aprovechar el Centenario de su fundación para llevar a cabo, además de los actos propios de una efemérides de tal naturaleza, una jubilación masiva de redactores, una reducción de personal

en talleres que podría afectar a trescientos puestos de trabajo y tal vez un relevo en la dirección: el diario «Avui» cuyo presidente del Consejo de Administración es diputado al Parlamento catalán en las listas de Jordi Pujol, introduce una nueva tecnología, concretamente pantallas de video, y pasa a ser editado por «El Correo Catalán» escapando así a las draconianas condiciones de Editorial Mencheta («El Noticiero Universal»); paralelamente en los primeros meses del año debe producirse una clarificación definitiva en los casos de resistencialismo («Mundo Diario», «Tele-Express» y «Diario de Barcelona»), así como decisiones importantes que afectarán al futuro de «Dicen», «Mundo Deportivo» —ambos propiedad del Grupo Godó y mantenidos por las expectativas del Campeonato Mundial de Fútbol de 1982 y también el caso de «El Correo Catalán» cuya propiedad está a manos de personajes próximos a Jordi Pujol. Una definitiva desaparición de Tele-Express beneficiaría en el mercado de la tarde a «El Noticiero Universal» el diario catalán más favorecido en el caciquil reparto de subvenciones de Josep Meliá (Meliá había preparado su desembarco en Mallorca con subvenciones incluso a publicaciones que todavía no existían pero exigencias de la política le llevaron a realizar un aterrizaje forzoso en una Barcelona cuya prensa no ha ocultado la decepción por algunas de sus declaraciones y actuaciones; quizás de haber sabido su destino, Meliá hubiese regado los periódicos catalanes previamente con subvenciones).

Es muy probable que esa reacción prevista para 1981 en algunos periódicos se haya acelerado por la eventual entrada de «El País» en Cataluña con una redacción y edición descentralizada, elemento que puede contribuir poderosamente a la reestructuración del mercado catalán ya iniciada, reestructuración que puede ser alterada también por la concreción de otros dos diarios cuya edición se prepara en Cataluña con toda discreción.

En cualquier caso, parece fuera de toda duda que la prensa catalana vive y vivirá por un tiempo una efervescente etapa de cambios abierta por la crisis insostenible de algunas empresas del sector, caracterizado por una actitud defensiva ante la progresiva baja de lectores y ante la eventual entrada en el mercado de cualificada competencia. Lo grave de esta etapa de cambios es que no se divisa de antemano su incierto final, como consecuencia también de que no exista una intervención-dirección en ella de la clase social, o del Gobierno que la representa, en condiciones de hacerlo. ■

Ilustración de HONORE